

La arqueología sudamericana, tres décadas

Luis Guillermo LUMBRERAS

Cuando la arqueología nacía como ciencia, tratando de organizar sus datos dentro de una perspectiva histórica, encontró que en Europa esto era posible siguiendo la evolución de los instrumentos de trabajo, desde lo que bautizó como «edad de piedra» hasta la «edad del hierro», pasando por una «edad de bronce» que constituía no sólo una etapa intermedia de dicha historia, sino también un punto de transición tecnológica y funcional de los instrumentos.

Tanto los arqueólogos como los museólogos, encontraron en esta secuencia de artefactos, un paradigma evolutivo que se configuró como premisa de sustento de la explicación histórica. Por esa causa, sus términos de referencia fueron fácilmente transmitidos al conjunto de la prehistoria universal.

Pero la fácil transferencia de las categorías clasificatorias surgidas para el ordenamiento de la prehistoria, en las condiciones concretas de cada una de otras regiones, encontró muchas dificultades. Tal fue el caso americano, en donde categorías tales como paleolítico, neolítico o «edad del bronce» o «de los metales», resultaron insuficientes o inadecuadas para dar cuenta del proceso histórico que aquí se ventilaba.

En efecto, aun cuando se hicieron esfuerzos iniciales para adecuar el esquema europeo a los procesos americanos, como ocurrió con la búsqueda de una «edad de los metales» en el área andina, nos encontramos con que aun cuando la tecnología del bronce había logrado niveles de producción similares a los del viejo mundo, su existencia en América no tenía las implicancias del bronce europeo, en donde se le asocia a la emergencia de la civilización, el urbanismo y el Estado.

Hasta donde nuestros conocimientos americanistas alcanzan, la metalurgia es una de las conquistas tecnológicas cuya historia es posible seguir, de modo tal que es descartable el suponer su inserción alógena. Si bien el descubrimiento y uso del oro y la plata, no están necesariamente comprometidos con la metalurgia del cobre y sus aleaciones, tenemos buenas

indicaciones para asociar la aparición de la metalurgia del oro desde los lejanos tiempos del período Formativo, en condiciones homotaxiales al Neolítico del viejo mundo. Fechas que oscilan entre 1.000 y 1.800 a. de C., señalan el área centro-sur andina como el probable foco inicial de su desarrollo, aún cuando aparece muy definidamente asociado a los centros ceremoniales del Formativo nor-peruano, hacia comienzos del primer milenio a. de C., con evidencias de un manejo muy generoso de las virtudes del metal. En cuanto a la metalurgia del cobre, parece igualmente que en los Andes centro-sur, o más precisamente, en la región Circum-Titicaca, se encuentran los restos más antiguos, en contextos igualmente homotaxiales con el Neolítico. Si se confirman las asociaciones registradas por Carlos Ponce Sanginés en Viscachani-Oruro, tendríamos una metalurgia del cobre aún antes del primer milenio de la era pasada. De cualquier modo, aún cuando hubiese errores en esa determinación, hay suficientes datos en Tiwanaku y en contextos tempranos de Arica, como para confirmar que se había desarrollado una metalurgia del cobre durante la primera parte del milenio previo a nuestra era. De hecho, durante la segunda parte de aquel milenio, los objetos de cobre fueron conocidos en la mayor parte de los Andes centrales y septentrionales y se difundieron extensivamente en los siglos siguientes, hacia el norte y el sur.

Pero esta historia, que revela importantes cambios en el comportamiento tecnológico de la metalurgia a lo largo de todo ese tiempo, no va acompañada de un proceso igualmente significativo en los aspectos funcionales del metal. Es así como, pese a que se dominó la preparación de bronce estañíferos y arsenicales, y se logró hacer instrumentos de labranza de este metal, así como armas tipo jabalinas o porras, ninguno de estos logros afectó sustantivamente los contextos sociales en los que se dieron. Es pues muy claro que las azadas de piedra o de palo quemado siguieron siendo importantes y no fueron desplazadas por los nuevos instrumentos; del mismo modo, la honda con piedras arrojadizas, las porras de piedra y otras armas similares tampoco fueron desplazadas por las aguzadas puntas de lanza hechas de cobre o bronce, por las pesadas porras o «macanas» de metal y las armaduras metálicas que en cambio sí servían como vestimenta litúrgica o ceremonial, o como adorno para ciertos personajes.

El examen de la metalurgia pre-colonial americana, y definidamente la andina, indica un derrotero tecnológico orientado a la confección de artefactos principalmente suntuarios, al punto tal que las inferencias más recientes indican un predominio por el logro de artefactos vistosos más bien que destinados a la producción, aún cuando no se puede dejar de lado la confección de utensilios e inclusive instrumentos destinados a la producción, tales como cuchillos, agujas, punzones, etc. Es notable, en esa dirección, señalar el énfasis en la tecnología del dorado y el plateado de las superficies de metal. Si asumimos como válida la tesis de que la tecnología es la expresión cultural que permite disponer de mecanismos de media-

ción entre el hombre y la naturaleza, y por tanto responde a la necesidad de resolver los problemas concretos que una sociedad enfrenta con su medio, debemos concluir que la tecnología del metal no tenía el carácter imperativo que las condiciones mediales del viejo mundo impusieron a sus habitantes para superar las necesidades de su producción. Sólo así se explica cómo habiéndose descubierto todas las posibilidades funcionales y técnicas del metal, en un nivel similar al del viejo mundo, en América tales descubrimientos no constituyeron un factor dominante y alternativo a la tecnología del hueso, la madera o la piedra, que fueron allá tan eficientemente desplazados por el metal.

Hay, seguramente, más de una explicación de la causalidad de tales diferencias; una de ellas puede tener relación con las condiciones del trabajo agrícola en una u otra región. Se puede decir que un factor importante fue la necesidad de disponer de instrumentos punzo-cortantes progresivamente más duros en Europa, puede ser por el endurecimiento de los suelos por efecto de las nieves invernales, que hacen difícil y poco eficiente el uso de instrumentos de piedra y menos aún de madera en el trabajo agrícola. Este es un factor ausente en los territorios intertropicales, incluso en aquellos sometidos a los efectos altitudinales de la cordillera, en donde los procesos estacionales se definen más por condiciones de precipitación y consecuentemente de acceso al agua, que por cambios en la estructura de los suelos. En estos territorios, de los que son característicos los Andes, la cordillera actúa como factor de alteración del clima, creando condiciones ecológicas muy variadas, que van desde páramos muy fríos y secos, hasta bosques muy húmedos, pero que no alteran las condiciones del suelo en su estructura y dureza como ocurre estacionalmente con los terrenos al norte de los trópicos en Europa y Asia.

Es evidente, en consecuencia, que los mecanismos de intermediación requeridos en la América intertropical deben ser diferentes a aquellos que permitieron elaborar el paradigma de la prehistoria según la evolución de los instrumentos de piedra y metal, de manera que aun los descubrimientos tecnológicos que jugaron un papel impulsor dominante en otros territorios, pudieron aquí tener una condición subsidiaria y por tanto no pueden usarse del mismo modo en el examen de los procesos históricos en los que estaban involucrados.

En la medida en que esto parece ser cierto, obviamente la tarea es tratar de entender cuáles son las fuerzas motrices de los procesos históricos de nuestros pueblos y cuáles los indicadores materiales a los que puede acudir la arqueología para plantearse una explicación de tales procesos.

En la historia de la ciencia, tal como se prueba también en la Arqueología, existe una larga etapa de acumulación de material empírico, antes de que surjan los enunciados que hagan posible un discurso explicativo que organice la investigación en una u otra dirección. Esta acumulación primaria, tiende a proponer categorías de valor cronológico y corológico, que

usualmente reflejan las características formales de un selecto rango de materiales, que por su volumen o calidades, se convierten en los indicadores de los complejos estructurales o de sus cambios.

Desde luego, la presencia dominante de los indicadores no es casual; generalmente responde al papel preponderante de tales restos en algún aspecto fundamental de la cultura. Eso ocurrió con los artefactos europeos de la piedra tallada, la piedra pulida y metal, que si bien fueron escogidos como indicadores arqueológicos por su abundancia y cualidades tecnológicas y formales cambiantes, al ser contrastada su periodización con los otros aspectos de la cultura, mostró que ellos iban aparejados con etapas económico-sociales de gran significación en la historia del viejo mundo.

Durante los últimos cien años, más o menos, según los países, la arqueología sudamericana ha venido acumulando una notable cantidad de información sobre diversos aspectos de nuestro pasado precolonial. Superada la etapa sincronista de los cronistas y viajeros occidentales, su preocupación pasó de la etapa de inventario de los más notables vestigios de cultura indígena, a una larga etapa de ordenamiento cronológico y corográfico de los restos materiales más fáciles de registrar, entre los que destacan inicialmente los entierros y tumbas, con sus contenidos más notables, para pasar luego al examen de la cerámica encontrada en los depósitos de los asentamientos humanos de diverso tipo.

Con este bagaje de conocimientos acumulados o en proceso de acumulación, llegamos a las décadas de los cincuenta y los sesenta, cuando se hizo evidente una demanda de cambio de dirección. En ese sentido, es necesario señalar que el «Handbook of South American Indians» que impulsó y editó la Smithsonian Institution, representa precisamente el repositorio más completo de lo que se había logrado conocer hasta ese entonces y, de algún modo, constituye el punto de inicio de las nuevas tareas por abordar. Este es también un punto neurálgico en lo que toca al tema central de este evento, pues es durante estas dos décadas cruciales cuando la Arqueología sudamericana comienza a desarrollarse con un creciente componente de investigadores sudamericanos, dado que hasta entonces nuestra participación, a la vez minoritaria frente a los investigadores norteamericanos y europeos, no pasaba de ser una actividad complementaria y precursora, en manos de profesionales ocupados en otras disciplinas. Por eso, podemos decir que la Arqueología sudamericana nace como actividad profesional en el momento en que se inicia esta nueva etapa de la Arqueología, cuya preocupación rebasa los límites de la acumulación para ingresar en el terreno de la búsqueda sistemática de una historia que requiere explicación. En ese punto estamos.

Pero ocurre, como con todos los fenómenos en movimiento, que la arqueología sudamericana no nació, no pudo nacer madura. Desde sus inicios se vio inscrita dentro de una crisis de nacimiento, cuyo signo más característico era la falta de una tradición académica propia, que propició

un pálido epigonismo de las corrientes arqueológicas en boga, sin una perspectiva de identificación con los problemas propios de su entorno y circunstancias específicas.

Ha sido el desarrollo de la investigación, y sus logros sistemáticos de los últimos treinta años, lo que ha permitido una maduración de la arqueología sudamericana, a un punto tal que ha hecho posible la organización de eventos con una participación creciente y mayoritaria de arqueólogos sudamericanos preocupados por resolver los problemas propios de sus circunstancias.

En esta dirección, es interesante advertir, el sesgo dominante de la investigación arqueológica en América del Sur, fuertemente orientada a la búsqueda de explicaciones de los procesos históricos, aun cuando pueden subsistir tareas que necesariamente deben cubrir deficiencias en la acumulación de informaciones de base. En muchos casos, estas deficiencias amordazan el avance del trabajo científico, llevando a confundir los niveles de investigación o rebasando sus límites, mediante, por ejemplo, el sobredimensionamiento de los modelos teóricos frente a la carencia de suficiente información empírica.

La arqueología de las últimas tres décadas tuvo que resolver, en primera instancia, la sistematización de un abundante y más que variado cúmulo de datos, tanto a nivel general como local. Las demandas de un ordenamiento coherente de los datos con las varias posiciones teóricas que surgieron en este tiempo, permitieron descubrir un número muy grande de carencias en el material empírico acumulado; gran parte de la arqueología estaba organizada en torno a los artefactos, sin la debida atención a aspectos sustanciales de la realidad, tales como los del medio ambiente o los vestigios de actividad social no comprometida con la producción de artefactos. Eso indujo a preocuparse por el rescate de este tipo de información, tarea que ocupa hoy mismo la mayor parte del trabajo de los arqueólogos en el continente.

Al mismo tiempo, estas tres décadas han permitido incorporar un cúmulo muy grande de evidencias que la investigación previa no había logrado registrar. Dentro de ellas se inscribe el descubrimiento y definición de los periodos más antiguos de la ocupación humana del territorio sudamericano. Si bien existían trabajos pioneros como los que Junius Bird había realizado en la Patagonia a los que en forma más bien aislada se habían señalado en Argentina, Brasil y Ecuador, con un fuerte énfasis en la búsqueda de los primeros habitantes, no es exagerado decir que el conocimiento del poblador pleistocénico y las complejas secuencias precerámicas, hoy abundantes y muchas de ellas bastante bien documentadas, son responsabilidad principal de los investigadores que como Rex González, que ahora nos acompaña, trabajaron la vieja historia sudamericana en estas últimas tres décadas.

Es por todos nosotros conocido que casi no hay región del continente

que no prolongue su historia conocida hasta el pleistoceno, con asociaciones verificadas de los restos humanos con fauna extinguida. El problema, ahora, no está en la constatación de su existencia, sino en los mecanismos de ocupación del continente, en su variedad y la variedad de sus formas de adaptación a las condiciones concretas del multivariado hábitat de nuestro territorio. Los problemas pasan por examinar las tendencias migratorias y las rutas y, por cierto, el resultado de las adaptaciones. Pasan también por constatar la antigüedad absoluta y relativa de los restos y la dirección de los cambios. Hay secuencias que indican rupturas y otras que indican continuidad. Hay, por cierto, islas de información y grandes lagunas, pero todo eso se va resolviendo.

Es también producto de estas tres décadas, la resolución de los anuncios que aparecían sólo tenuemente en décadas pasadas, sobre problemas tan importantes como el descubrimiento de la agricultura y la ganadería pastoril y las relaciones que existieron entre eventos de esta naturaleza y la presencia de tecnologías tales como la cerámica o la industria textil. Está probado que la aparición de la agricultura precede en milenios a la aparición de la cerámica y está probado, igualmente, que el descubrimiento de la agricultura es el resultado —aún no sabemos si en una sola región o en varias— de la experiencia de los antiguos americanos. Son temas que hoy son parte de un conocimiento asentado.

No tenemos la intención de hacer un inventario de los logros de este tiempo, pues no es el propósito de esta exposición; sólo intentamos destacar la importancia que tuvo, pues es el marco de referencia del período donde la arqueología sudamericana formalizó su existencia. Es la época en que las universidades de los países sudamericanos comenzaron a organizar sus cursos de formación profesional; la época en que comenzó la preocupación de los países nuestros por el estudio y la conservación del patrimonio arqueológico de manera progresivamente generalizada. En la década de los cincuenta y aun en la de los sesenta era posible contar con los dedos al total de los arqueólogos que existían en cada país, ahora hay cientos de estudiantes y los profesores se suman por decenas en varios de nuestros países.

Eso no quiere decir, por cierto, que este crecimiento haya seguido una línea paralela de incremento del mercado de trabajo y que la arqueología sudamericana haya logrado un nivel adecuado de desarrollo en beneficio de quienes se interesan por ella. No, por el contrario, hay una desarticulación entre el crecimiento de los recursos humanos y el interés de las instituciones nacionales por darles apoyo. Hay perspectivas óptimas en varios países, pero carencia de recursos económicos y técnicos, con las consecuencias que esto supone.

De cualquier modo, no se puede negar que ha habido una notable apertura de posibilidades de trabajo tanto en Universidades como en organismos estatales tales como museos, centros de restauración, etc. Una en-

cuesta gruesa de la ocupación de arqueólogos en Sudamérica, indica la existencia de alrededor de 500 arqueólogos ocupados en actividades docentes, de investigación o de administración. Esa suma, comparada con las quizá 20 ó 30 que había hacia 1960, nos habla positivamente de este proceso, cuya expectativa laboral, expresada en la cantidad de arqueólogos que ahora estudia en las universidades, no satisface sin embargo, las necesidades reales de nuestros países, no sólo para el crecimiento de la investigación, pero también y sobre todo para los trabajos de conservación y rescate del valioso patrimonio nacional, constantemente sometido al pillaje de los buscadores de tesoros, a la incomprensión de los funcionarios y empresarios, urbanistas y constructores. Hay propuestas de varios tipos para el incremento de ocupación de arqueólogos en nuestros países: en el Perú, por ejemplo, hay una ley que obliga a los gobiernos municipales a ocuparse de la preservación de los restos arqueológicos, con los que se cubrirían más de 400 plazas de arqueólogos en el país, pero lamentablemente estos gobiernos locales no han tomado debida nota de su responsabilidad o no tienen recursos. Un programa de activación de las municipalidades en esta dirección, ayudaría a impulsar este campo.

Sin embargo, los problemas no sólo van por allí. Adviértase que la tradición académica en Arqueología es nueva en nuestros países; eso tiene sus repercusiones en la formación de los cuadros técnicos y profesionales que regresan de nuestras universidades. Hay pocos maestros con experiencia suficiente para conducir los varios programas de Arqueología que aparecen como consecuencia de la demanda. Las deficiencias en la formación, a su vez, repercuten en la calidad de las investigaciones y las diversas intervenciones profesionales de los arqueólogos. Eso determina, como cuestión de emergencia, la necesidad de montar programas de capacitación y reciclaje a nivel de post-graduado para los cuadros profesionales que tienen que cubrir estos trabajos. Eso no se realiza, fundamentalmente por los costos, aunque ya existen varios proyectos en esa dirección.

Desde luego, no todos son problemas. Es más, aun en condiciones difíciles, la arqueología sudamericana ha logrado un alto nivel de desarrollo y camina con seguridad pisando su propio terreno, aunque para ello no disponga de recursos suficientes y deba constantemente transitar sobre el filo de la navaja.

Es aquí donde creo necesario mencionar que en este campo se ha contado en muchas ocasiones con la cooperación internacional y la solidaridad de nuestros colegas de otros países. Quienes estamos aquí reunidos somos partícipes de ello, pues todos, de un modo u otro, gracias a la solidaria gestión de Clifford Evans y Betty J. Meggers, hemos tenido el apoyo o la asociación con la Smithsonian Institution, que ahora nos ha convocado y nos acoge. No puedo dejar pasar esta ocasión para señalar nuestro común homenaje a los amigos y maestros, quienes fueron solidarios con nosotros al margen de ideologías o tendencias, sin reclamar consecuencia ni reci-

prociudad ninguna. Quienes aquí estamos reunidos por este vínculo común, militamos en distintas posiciones teóricas, practicamos disímiles formas de hacer Arqueología y nuestra única retribución es y ha sido la de trabajar por el desarrollo de nuestra disciplina, con independencia de criterio y acción.

Debe también mencionarse otro signo de estos años, que constituye parte importante del desarrollo de la arqueología sudamericana; a partir de los sesenta, y con un acento creciente, los investigadores de nuestros países nos relacionamos entre nosotros, tratando de romper con las restricciones de las fronteras políticas. Lamentablemente, estos contactos no han superado aún el nivel de los encuentros ocasionales, donde lo deseable debiera ser el participar en proyectos comunes de investigación y docencia. Sabemos por experiencia propia que debemos salir de la balcanización del conocimiento, que entre otras cosas significa que en cada uno de nuestros países sabemos más sobre Europa que sobre los pueblos vecinos y hermanos.

Estamos próximos a conmemorar los quinientos años de la ocupación europea de América. Esto induce a reflexionar sobre lo que hemos caminado desde entonces y observar la dirección de nuestras huellas, evaluar lo que hemos ido dejando en el camino, los atajos y las marchas forzadas. Induce a una reflexión sobre nuestro destino y las rutas por donde hay que avanzar.

En estos quinientos años se produjo el derrumbe de un antiguo mundo americano y la habilitación de un nuevo mundo. América fue incorporada a la órbita de la cultura de Occidente y sus viejas formas de vida pasaron al inventario de la etnografía, como información que contribuye a entender la variabilidad de la conducta humana, sin más destino que su extinción vía los diversos mecanismos aculturativos, sabiamente examinados por los administradores y los antropólogos occidentales.

Sepan todos los que nos escuchan, que a diferencia del observador foráneo, que rescata nuestro pasado como parte de un compromiso teórico alejado de sus preocupaciones vitales, los que hacemos arqueología sudamericana somos claramente conscientes de que nuestra tarea compromete directamente nuestros intereses históricos inmediatos. No estamos reconstruyendo cualquier historia, sino la nuestra. No estamos interesados en asumir teorías por el simple compromiso teórico; estamos interesados en hacer ciencia para rescatar, para nuestro tiempo, aquello que se escondió detrás de estos quinientos años.

Somos conscientes de que la cultura de Occidente ha incorporado como su patrimonio, todos los beneficios de la experiencia desarrollada por sus antecesores a lo largo del paleolítico, el neolítico y las sucesivas etapas de su acumulación histórica. Esto significa, que son parte de la cultura de hoy la cadena de experiencias que hicieron posible el pleno dominio del hombre sobre su medio ambiente, y los mecanismos de articula-

ción social y económica correspondientes. Cada hombre de Occidente lleva en su conducta las pautas que fueron sucesivamente incorporadas por una continuidad procesal que hace válida la noción de herencia cultural. *No ha ocurrido eso con nosotros. La presencia de Europa, al margen de valoraciones de cualquier naturaleza, impuso el paradigma de su cultura sobre nosotros, congelando o soterrando la experiencia de nuestras propias etapas históricas. No hemos podido incorporar a nuestro tiempo, a nuestra vida actual, el aprendizaje de las mil formas de someter el mundo que nuestros antepasados descubrieron y desarrollaron.*

No, no es una evocación romántica y pasadista, ni un ingenuo discurso indianista. Hablar de la carencia de los logros culturales de la América pre-colonial, significa reconocer que no hemos tenido la oportunidad de adaptar a nuestra existencia todo un cúmulo de conocimientos que constituyen un patrimonio que *nos aproxima con más consistencia a la realidad que confrontamos, que es distinta a la del Occidente europeo, cuyos logros no necesariamente resuelven los problemas de mediación que nosotros requerimos.*

Por eso, la Arqueología es para nosotros, además de reconstrucción histórica y tarea científica, una búsqueda de afirmación de una identidad que nuestros pueblos tienen confundido detrás de un síndrome provocado por la razón colonial.

No se trata de levantar un discurso que nos muestre la presencia europea en América en términos de un juicio valorativo que nos ubique en las antípodas de lo alóctono a lo autóctono. Es habitual sustentar la reflexión sobre el período de contacto, con el examen objetivamente dramático de la conquista y continuar con un discurso histórico hiperbólico, donde los componentes originarios de América y los de Occidente, se dirigen cada cual a un destino irremediabilmente divergente.

La Arqueología no se ubica en el terreno de las circunstancias y el azar en la historia; su trabajo nos pone en contacto con el resultado socializado de los eventos. Por eso está en condiciones de constatar las líneas que conducen los pueblos al margen de las vicisitudes que quedan en el camino. Si es cierto que las conquistas tecnológicas del pasado precolonial son una *solución coherente a la relación hombre-medio, no queda sino suponer que ellos constituyen un factor que en algún momento se hará necesario rescatar, al margen de las razas, creencias o procedencias. Por tanto, el camino debiera ser el de la convergencia en términos históricos y no regresivos.*

No cabe duda de que no podemos aplicar mecánicamente la experiencia externa a cualquier realidad, en cambio si es posible contrastar las conquistas de unos pueblos con las de otros, en beneficio de asimilación y cambio, dentro de los parámetros de las tradiciones existentes. En el caso de nuestra historia sudamericana, se trata de rescatar los factores tradicionales abandonados o eclipsados, para someterlos, en nuestro tiempo, a la

crítica de la razón nacional y recuperar sus logros para la conciencia colectiva de nuestro pueblo.

Sudamérica, hace quinientos años, era un territorio ocupado por pueblos de muy variada manera de vivir. En los Andes se había organizado un vasto aparato político que cubría miles de kilómetros y cientos de pueblos regidos por un sistema centralizado de poder. En la Amazonia, los llanos del Norte y el Chaco, pueblos de agricultores habitaban los diversos espacios de modo diverso, acudiendo a la explotación de los recursos según sus posibilidades, con pleno dominio de sus circunstancias. En las pampas y en los bosques del Sur, las condiciones de desarrollo cultural permitían la existencia de pueblos en los más duros hábitats del continente o en territorios en que sólo una tecnología similar a la europea podía explotar eficientemente los recursos.

En esas condiciones se produjo la ocupación extracontinental. Ella introdujo muchos cambios y su presencia importó la extinción de pueblos y culturas. Por las características propias del proceso, una conciencia colonial impuso las pautas de Occidente, sin más razón que la necesidad de reproducir las condiciones de existencia de Europa. Fue posible en algunas partes, en otras no. En muchos lugares adquirió un tono negativo, que propició la pauperización progresiva de nuestro pueblo, que al no disponer del patrimonio cultural que garantiza su reproducción y desarrollo, no estuvo más en condiciones de avanzar y sostenerse. Pero eso incluye aún a los recién llegados, porque las recetas de la cultura no son coyunturales ni sirven sólo a una raza o un pueblo; la herencia cultural arma a los hombres frente a las condiciones de su existencia, vengan ellos de donde vengan. Por eso, la pérdida de las tradiciones y las conquistas culturales afectaron por igual a los nativos despojados y a los forasteros que no pudieron aplicar sino de manera mediatizada sus recetas extranjeras y que no estuvieron dispuestos, salvo excepciones, a someter sus actos y forma de vida a la razón transculturativa.

Por eso, tiene sentido la urgencia de una arqueología sudamericana que sea capaz de absorber en una constante tarea crítica, los conocimientos adquiridos por los arqueólogos locales y foráneos, no con el tamiz de los intereses chauvinistas, sino con el de la preocupación nacional de consolidar una conciencia histórica. Por eso mismo, es importante que sean muchos y muchas las tendencias y los arqueólogos y que se abra el diálogo entre trabajadores de la ciencia de todos los países. Dentro de ese contacto es aún más rica la cooperación internacional y la solidaridad profesional y académica.